

Creación de entornos de libertad para favorecer la prosperidad económica

Universidad San Ignacio de Loyola (Asunción, Paraguay), 08.05.19

Quiero, en primer lugar, agradecer a los anfitriones y organizadores de este acto, la Universidad San Ignacio de Loyola de Paraguay, su amable invitación a estar hoy aquí con todos vosotros.

Y aprovecho, también, para agradecer muy sinceramente a todos los aquí presentes, autoridades, empresarios y estudiantes y representantes de esta Casa, su presencia y participación en esta jornada.

La verdad es que para mí es un honor y una gran satisfacción volver a Paraguay y más aún hacerlo de la mano de esta Universidad.

Los organizadores me han pedido que les hable sobre cómo se ve Paraguay desde Iberoamérica en términos de clima de inversión, pero para abordarlo desde una perspectiva amplia es necesario abordar previamente otras cuestiones relativas a la democracia, el Estado de derecho y, fundamentalmente la libertad.

La historia nos ha demostrado que todos esos conceptos son fundamentales para generar el entorno óptimo en el que las oportunidades económicas y de negocio se multiplican, crean prosperidad y benefician en mayor medida al conjunto de la sociedad.

La libertad es el principio motor del desarrollo de las personas y de las naciones.

Cuanto más libre es una persona para tomar sus propias decisiones respecto a su educación, su trabajo, sus inversiones o cualquier otro aspecto de su vida, más posibilidades tiene de prosperar, siempre que dichas decisiones se tomen en un marco de respeto al prójimo, de acuerdo a unos valores éticos y morales, y conforme al marco legal y al principio de responsabilidad.

Tomar decisiones en plena libertad tiene muchísimas ventajas, pero también consecuencias. En la medida en la que cada uno de nosotros acertemos en cada una de esas decisiones tomadas en el uso de nuestra libertad, seremos más aceptados, respetados y reconocidos por nuestra sociedad, y se incrementarán exponencialmente nuestras posibilidades de prosperar.

Con las naciones ocurre algo parecido.

Cuanto mayor es el compromiso de un país con la idea de libertad y con los principios y valores occidentales, es decir, con la democracia, el Estado de derecho y el respeto a la libertad en todos sus órdenes, mayor es la posibilidad de atraer inversiones, capitales y talento. En suma, de hacer prosperar al conjunto de la nación.

A esa defensa de la libertad como principio ordenador de nuestras sociedades y como motor de desarrollo he dedicado buena parte de mi trayectoria vital, tanto en el ámbito de la política como en el de las ideas y los negocios, y en ella me seguirán encontrando en el futuro.

Señoras y señores,

La clave para que Paraguay sea percibida como una nación en la que merece la pena invertir y crear negocios es, por tanto, que sea capaz de generar un entorno de libertad en el que la ley, el Estado de derecho, la separación de poderes y las instituciones democráticas sean los garantes de la igualdad de oportunidades y la libre competencia tanto entre individuos como entre empresas.

Dicho de otra manera. Un país no será nunca próspero basándose exclusivamente en la fortuna de contar con los mejores recursos.

Para prosperar no basta con disponer de una situación geográfica ventajosa o las inmensas oportunidades que la naturaleza ha otorgado a algunas regiones del mundo en detrimento de otras.

Disponer de recursos naturales que son atractivos para otros países puede suponer una cierta ventaja frente a otros competidores, pero sólo por un período limitado de tiempo.

Ni siquiera el hecho de optimizar dichos recursos mediante el valor añadido que supone la mano de obra cualificada o la tecnología que permite transformar dichos productos para incrementar su valor es garantía de prosperidad a largo plazo.

Piensen en naciones ricas en materias primas y talento humano como Venezuela, en las que una execrable dictadura obsesionada con erradicar la libertad, la democracia y la dignidad de los no afines al régimen comunista ha tenido como consecuencia la mayor catástrofe humanitaria de esta región en muchas décadas.

Hoy son casi cuatro millones de venezolanos los que se han visto obligados por una narco dictadura a dejar atrás todos sus bienes y una vida completa pese a haber tenido la fortuna de nacer en una de las naciones más ricas y bellas de América Latina, de la misma manera que otros muchos lo tuvieron que hacer décadas antes de otros países de la región gobernados por regímenes totalitarios.

A los venezolanos de bien del exilio forzoso, y a los que aún siguen luchando por su libertad desde dentro de Venezuela, quiero mandarles mi mensaje de apoyo y ánimo. No les vamos dejar solos en su digna batalla contra el totalitarismo. Nunca.

Les digo más: Venceremos.

Recuerden también el ejemplo de la vecina Argentina, otro de los países más ricos del mundo en recursos naturales, que a principios del siglo XX formaba parte de las cinco naciones más ricas del planeta y en tan sólo un siglo, tras incontables errores de sus dirigentes a la hora de poner en práctica malas ideas políticas, se encontró en un abismo contra el que sus actuales dirigentes siguen trabajando denodadamente.

Y piensen, en el lado opuesto, naciones como Singapur, Taiwan o incluso Japón, a los que la naturaleza ha situado en el polo de los desfavorecidos en términos de materias primas o posición geográfica pero que gracias a la defensa de las ideas de libertad en momentos críticos de su historia han sabido crear un entorno capaz de atraer el interés de los inversores internacionales, algo que si antes era importante ahora resulta crítico en un entorno cada vez más competitivo.

La libertad es un valor universal, y su extensión genera prosperidad.

No hay ninguna razón para que las naciones de América Latina, y el Paraguay entre ellas, no puedan ocupar el lugar que les corresponde entre los países libres, democráticos y prósperos más avanzados del mundo.

La globalización, hoy tan denostada, es un aliado imbatible de la lucha por libertad. Si hoy la humanidad es más próspera que nunca en términos económicos, culturales o tecnológicos, es gracias a que en las tres últimas décadas la libertad, la democracia y los valores occidentales se han podido universalizar gracias a la globalización.

La ausencia de libertad y, en consecuencia, las dificultades y barreras contra el progreso, han sido características de buena parte de la Historia de la Humanidad. Durante siglos, miles de millones de personas, en diferentes culturas, lugares y momentos, vieron cercenadas sus oportunidades y oportunidades, en unas condiciones que hoy nos parecerían absolutamente inaceptables.

Y ha ocurrido hasta hace relativamente poco, las pocas décadas que separan el día de hoy del final de la II Guerra Mundial y la caída del Muro de Berlín en los que cayeron derrotados los principales totalitarismos del planeta.

Pero también hay que señalar con la misma claridad que la aspiración humana a la libertad, y la concepción de la persona como un ser de dignidad inalienable, libre y responsable de sus actos, ha ido ganando importancia como elemento vertebrador de la sociedad.

Hoy, en un momento de incertidumbre en el que vuelven a aflorar con fuerza voces populistas que buscan cercenar la libertad individual para entregarla a gobiernos o líderes con tendencias totalitarias, es importante tenerlo muy en cuenta.

Paraguay, igual que España forman parte no sólo de Iberoamérica, sino también de Occidente. Cada una con particularidades históricas y culturales que forman parte de su esencia y a las que no deben renunciar, pero unidas por unos mismos valores fundacionales.

Si hoy el Paraguay es un país con brillantes perspectivas de futuro lo es porque ha sabido reconocer y está sabiendo aprovechar las ventajas de su pertenencia a Occidente.

La tradición clásica grecolatina germinó aquí sobre un rico sustrato precolombino, fue desarrollada por el cristianismo e iluminada por la Ilustración. Si Paraguay está generando expectativas y atrayendo el interés de numerosos inversores internacionales lo es gracias a que la democracia, el Estado de Derecho, los derechos humanos y las libertades individuales consustanciales a la civilización occidental son la base irrenunciable sobre la que generar la confianza necesaria para que el libre mercado prospere.

Sólo perseverando en ese esfuerzo será posible que cada vez más paraguayos digan adiós para siempre a la pobreza para pasar a formar parte de las poderosas clases medias.

En esta primera parte de mi intervención quiero tener también unas palabras de reconocimiento hacia los miles de paraguayos que viven y trabajan en España. Su contribución a nuestra sociedad es mucho más que una fría estadística. Es sobre todo una muestra de la historia compartida y de los proyectos humanos que nos unen por encima del océano.

Cuando algunos claman de manera genérica contra la inmigración siempre pongo el ejemplo de los millones de personas que vinieron a España en los años que tuve la responsabilidad de gobernar, atraídos por las oportunidades que una sociedad abierta genera.

Si no hubo problemas de integración para la abrumadora parte de los seis millones de inmigrantes que vinieron atraídos por la España de la prosperidad fue, precisamente, por la identificación plena con los valores occidentales que compartimos.

Me referiré en segundo lugar al tema central de esta intervención, la creación de un entorno de libertad que favorezca la prosperidad económica.

La primera e irrenunciable condición es disponer de una democracia estable con instituciones firmes e independientes.

Las naciones libres y prósperas basan su progreso en consensos básicos que se mantienen vivos a lo largo del tiempo. Acuerdos sobre las reglas de juego democrático, sobre la viabilidad de la alternancia en el poder o sobre las grandes líneas maestras en lo político y lo económico.

La garantía de la libertad y de la prosperidad está en un sistema de instituciones fuertes, sólidas y accesibles para los ciudadanos. Para conseguirlas hacen falta consensos básicos, reglas estables y claras, respetadas por el poder constituido, que hagan de la autoridad un producto de esas normas aceptadas por todos, y no al revés.

Sólo los países que cuentan con instituciones sólidas obtienen un crecimiento económico y un desarrollo sostenible en el tiempo.

No hay democracia que merezca tal nombre sin una efectiva división de los tres poderes del Estado. Las propuestas que hacemos para América Latina aspiran a reforzar y a hacer efectivo este principio.

Una Justicia independiente es la clave del Estado de Derecho. Sin ella, es ilusoria la garantía y la tutela efectiva de los derechos y libertades de los ciudadanos o las empresas y la igualdad de todos ante la ley. Sin ella, es imposible la confianza necesaria para generar crecimiento y prosperidad.

La división efectiva de poderes y la independencia de la justicia es una de las claves del éxito de las naciones libres y prósperas.

En un mundo globalizado es imprescindible que todos esos valores vertebran nuestras sociedades hacia dentro, pero también que sirvan para como elemento de atracción de bienes, capitales y talento hacia fuera.

Además del apoyo y la apertura comercial y económica, otras naciones occidentales, y singularmente los países europeos con España a la cabeza, deben proporcionar apoyo institucional para recrear un modelo probado y exitoso de integración económica regional. Sobre todo, Europa debe usar su prestigio y su densa red de vínculos bilaterales con Iberoamérica para consolidar modelos de gestión occidentales y alejar las tentaciones de aventuras políticas excéntricas.

Es la normalidad institucional, el respeto a las normas y la defensa de la democracia lo que hace posible el crecimiento económico, la expansión de las clases medias, el desarrollo del Estado de bienestar y la vigencia de los derechos de todos.

Además del papel que las políticas reformistas juegan a la hora de poner las bases del desarrollo, es importante contar también con empresas que colaboren en la modernización de la economía, las infraestructuras o las telecomunicaciones, claves en el desarrollo social.

Favorecer la cooperación público-privada es un factor esencial a la hora de mostrar a los posibles inversores que Paraguay es estable y segura. A mayor cooperación público-privada, menores tentaciones proteccionistas. Y cuanto menor es el proteccionismo, mayor es el interés que se despierta entre los inversores y también mayores las oportunidades para la inversión en otros ámbitos.

Me constan los esfuerzos que el gobierno de Paraguay está realizando para mejorar las condiciones de acceso a los inversores extranjeros a su mercado, y les animo a perseverar en la tarea.

Si hoy Paraguay es capaz de atraer el interés de numerosos inversores extranjeros, y entre ellos muchos españoles, no es sólo por el menor coste de su mano de obra y fuentes de energía, sino por las políticas destinadas a crear un entorno de confianza mutua para las inversiones extranjeras.

Tras hablarles de libertad, de democracia e instituciones, quiero ahora compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la situación económica general de Paraguay, para aterrizar, finalmente, en el clima de inversión y negocios de la región.

Tal como yo lo veo, la situación económica actual de Paraguay se resume así:

Paraguay es una de las economías de más rápido crecimiento de América Latina. Lo ha sido claramente durante los últimos 10 años, en los que ha registrado tasas de crecimiento muy robustas y muy superiores a la media del resto de América Latina e incluso del conjunto de la OCDE.

Y según todas las previsiones, la tasa de crecimiento de la economía paraguaya continuará siendo una de las más dinámicas de la región durante los próximos años.

Esto permitirá al país seguir avanzando en sus objetivos de reducción de la pobreza y de la desigualdad, y ahondar en las mejoras y avances logrados en los últimos años en términos de bienestar general de la población.

Todo esto no es casualidad.

Que Paraguay haya crecido a un ritmo medio del 4,5% en los últimos 10 o 15 años, y que haya conseguido reducir los niveles de pobreza total y extrema en un 49% y un 65%, respectivamente, no es casualidad. Es el resultado de una combinación acertada de políticas macroeconómicas y fiscales estables y prudentes, y de reformas estructurales en ámbitos clave.

- La estabilidad y la prudencia de sus políticas macroeconómicas;
- Unos niveles de déficit y deuda públicos reducidos;
- Unos regímenes administrativo, cambiario y regulatorio atractivos para los inversores;
- Unos sectores primarios (en particular, los de la agricultura y la ganadería) y eléctrico potentes, que lideran el tejido exportador del país y son su principal motor de crecimiento económico;

- Un elevado grado de apertura comercial (de hecho, Paraguay es una de las economías más abiertas comercialmente de la región);
- Unos costes laborales y energéticos reducidos en comparación con otros países de América Latina;
- Una gran riqueza en recursos naturales;
- Y también una geografía privilegiada.

Por eso, queridos amigos, decía que no es la casualidad, sino aspectos como los que acabo de mencionar los que explican el buen comportamiento de la economía paraguaya durante los últimos 10 o 15 años y lo que hace que destaque por encima del resto de países de la región.

Ahora bien, creo que sería un tremendo error caer en la autocomplacencia y pensar que está todo hecho.

Es cierto que Paraguay es una de las economías más dinámicas de América Latina, pero como muchos otros países (también en Europa) todavía debe abordar importantes deficiencias estructurales que limitan la mayor capacidad de crecimiento y desarrollo de su economía.

Paraguay debe insistir en las reformas adecuadas, y hacerlo con convicción, para lograr un crecimiento económico más sostenible e inclusivo y perseverar en los resortes del éxito acumulado.

Reformas que permitan cubrir las crecientes necesidades de infraestructuras del país, poniendo el foco en la implementación de proyectos clave.

Reformas orientadas a la consecución de un sistema educativo y de competencias moderno e inclusivo, que facilite la transición de la educación al empleo y que garantice el acceso a puestos de trabajo de mayor calidad.

Reformas que permitan avanzar en la diversificación del modelo productivo, apostando por nuevos sectores, sectores emergentes, que hagan de Paraguay una economía más moderna, productiva y competitiva.

(Por cierto, los inversores están llamados a desempeñar un papel fundamental aquí, porque para poder diversificar su tejido productivo, Paraguay necesita importantes inversiones en sectores no agrícolas y no eléctricos).

Reformas que permitan seguir avanzando en la reducción de los niveles de pobreza y de desigualdad; que permitan que el crecimiento económico alcance a todos los ciudadanos; y que permitan la consolidación de una clase media potente, que es el pilar fundamental de la estabilidad política y social.

Reformas que permitan perseverar en la apertura al exterior de la economía, permitiendo que los beneficios del libre comercio alcancen a todos los ciudadanos.

Reformas que redunden en la institucionalidad, con sistemas de incentivos orientados a acabar de una vez por todas con la informalidad y la evasión fiscal.

Reformas en el marco fiscal que permitan aumentar los niveles de recaudación y destinar mayores partidas de recursos a la mejora de la cobertura y protección social de los ciudadanos.

Reformas que refuercen el Estado de derecho, la seguridad jurídica y los mecanismos de lucha contra la corrupción, para generar la confianza y la credibilidad necesarias que exige el capital extranjero.

No tengáis ninguna duda que cuando las cosas se hacen bien, y cuando se aplican las políticas y reformas adecuadas, hay resultados. Lo sé de buena tinta, porque es una de las grandes lecciones que me llevé conmigo de mi etapa como presidente del Gobierno de España.

Una vez hecho este repaso general al estado de situación de la economía en Paraguay, toca hablar de inversión. De cómo ven el resto de países de Iberoamérica, y de cómo veo yo, también, a Paraguay en términos de inversión.

A este respecto, debo decir que soy bastante optimista, y quiero compartir con vosotros algunas reflexiones, que van de lo general a lo particular.

En primer lugar, creo que, en general, en América Latina hay muchas e importantes oportunidades, y la incertidumbre (mayormente política) que rodea a algunas de las principales de economías de la región no tiene por qué significar un menor apetito inversor.

La incertidumbre no es buena amiga de la inversión, es cierto. Pero la inversión depende de otros muchos elementos, no solo de la incertidumbre.

En este sentido, creo que la prueba más clara de que la incertidumbre no lo es todo es que, de acuerdo con sondeos recientes, un 76% de las empresas españolas tienen intención de aumentar sus inversiones en América Latina este año.

Más aún, tienen mejores perspectivas en economías como Brasil o México, donde se concentran las mayores cotas de incertidumbre últimamente.

Para mí, esta es la prueba más clara de que más incertidumbre no tiene por qué significar menos inversión.

En segundo lugar, creo que hay otras importantes oportunidades en términos de inversión que vienen dadas de fuera y que todos los países de América Latina deben aprovechar.

Me refiero, sobre todo, al contexto actual de tensiones comerciales, que además viene acompañado de crecientes dudas sobre la continuidad y el futuro del sistema multilateral de comercio tal como lo hemos conocido hasta ahora.

Las economías latinoamericanas deben entender este contexto como una oportunidad, y aprovechar para profundizar y reforzar el libre comercio y la integración en la región.

Acuerdos como el alcanzado en Vallarta el último año pueden suponer un primer paso importante en la construcción de una zona de libre comercio que cubra buena parte del continente latinoamericano.

Un primer paso muy ambicioso, por cierto, puesto que podría llegar a cubrir el 80% del PIB de la región y crear un mercado de 4 billones de dólares, con todo lo que ello supondría en términos de mayor desarrollo regional, mayores niveles de productividad y competitividad, más y mejores puestos de trabajo, y por ende más prosperidad futura.

Otro importante foco de oportunidad que hay que aprovechar viene directamente desde la Unión Europea.

Creo que es evidente que las tensiones comerciales de las que hablaba antes han convertido en una prioridad clave la necesidad de profundizar en el diálogo y estrechar lazos con América Latina.

De hecho, las instituciones europeas están trabajando en la actualización y modernización de los acuerdos políticos y comerciales con algunos países de América Latina y también con Mercosur. Es más, están tratando incluso de ampliar su alcance a más áreas de la región.

Más allá de esto, en clave nacional, Paraguay goza de importantes atractivos para los inversores en relación con sus principales vecinos, como los reducidos impuestos y el bajo coste de la energía o de la mano de obra, que además es muy joven.

Por razones obvias, todo ello representa un atractivo muy claro para los inversores del resto de países de Iberoamérica.

Pero debo remitirme aquí de nuevo aquí a las reformas de las que hablaba antes, y es que instituciones internacionales como el FMI o el Banco Mundial advierten desde hace tiempo acerca de la necesidad de operar reformas para mejorar el clima de negocios.

Creo que es evidente que sin un clima de negocios favorable, de poco sirve que los impuestos sean bajos o que la energía sea barata.

Está en nuestra mano construir ese clima favorable a los negocios, al desarrollo y a la prosperidad, basado en la confianza y el respeto mutuo a los valores que compartimos.

Estoy convencido de que Paraguay es capaz de lograrlo porque cuenta con lo esencial para lograrlo: Millones de hombres y mujeres comprometidos con la defensa de la libertad y con la esperanza de vivir en Paraguay mejor, en una América Latina mejor y, en definitiva, en un mundo mejor.